

de la esclavitud; un rebaño de cabras ó de carneros que atraviesa un cabo, entre unas destrozadas columnas; el turbante de un viajero turco que pone en fuga á los cabreros y hace mas desierto el camino, y tendreis una idea bastante cabal del cuadro desgarrador que presenta la Grecia.

Háanse investigado las causas de la decadencia del imperio romano; y pudiera en verdad escribirse una interesante obra sobre las causas que han precipitado la caída de los griegos. Atenas y Esparta no sucumbieron por las mismas razones que dieron por resultado la ruina de Roma, pues no se vieron abrumadas por su propio peso y por la grandeza de su imperio. Tampoco puede decirse que perecieron por sus riquezas; pues el oro de los aliados y la abundancia que el comercio esparcia en Atenas fueron en último término harto insignificantes; nunca se vieron entre los ciudadanos esas fortunas colosales que anuncian el cambio de las costumbres (1), pues el Estado fue siempre tan pobre, que los reyes del Asia se daban prisa á sostenerlo ó á sufragar los gastos de sus monumentos. Respecto de Esparta, el oro de los persas corrompió á algunos particulares, pero la república no salió de la miseria.

Yo señalaría, pues, como la primera causa de la caída de los griegos, la guerra que se hicieron mutuamente las dos repúblicas; despues que hubieron vencido á los persas. Atenas dejó de existir como Estado desde el momento en que fue tomada por los lacedemonios. Una conquista absoluta pone fin á los destinos de un pueblo, sea cual fuere el nombre que este pueblo haya podido conservar en la historia. Los vicios del gobierno ateniense prepararon la victoria del lacedemonio, pues un Estado enteramente democrático es el peor de todos, cuando es preciso combatir con un enemigo poderoso, y se necesita una voluntad única para salvar la patria. No puede concebirse una escena mas lastimosa que los furios del pueblo ateniense, mientras los espartanos se hallaban á sus puertas; desterrando y llamando alternativamente á los ciudadanos que hubieran podido salvarle, y á la vez de los oradores facciosos, sufrió la suerte que por su demencia merecia; y si Atenas no fue destruida hasta en sus cimientos, es porque debió su conservacion al respeto que los vencedores profesaban á sus antiguas virtudes.

Lacedemonia triunfante, halló á su vez como Atenas, la primera causa de su ruina en sus propias instituciones. El pudor, virtud que una ley extraordinaria habia hollado para conservarla, fue destruido al fin por esta misma ley: las mujeres de Esparta, que se presentaban medio desnudas á los ojos de los hombres, llegaron á ser las mas disolutas de la Grecia; y los lacedemonios recogieron tan solo el libertinaje y la crueldad, de todas sus leyes ofensivas á la naturaleza. Ciceron, testigo de los juegos de los hijos de Esparta, nos representa á estos despedazándose entre sí con dientes y uñas. ¿Y de qué sirvieron estas brutales instituciones? ¿Sostuvieron acaso la libertad de Esparta? Ciertamente, fue un trabajo hartó superfluo el educar unos hombres á guisa de fieras, para prestar al fin torpe obediencia al tirano Nabis, y convertirse en esclavos romanos.

Los mejores principios tienen sus escesos y su lado desfavorable. Licurgo, al estirpar la ambicion en el recinto de Lacedemonia, creyó salvar su república, y la perdió. Despues de la caída de Atenas, si los espartanos hubiesen reducido la Grecia á provincias lacedemonias, hubiéranse hecho tal vez señores de la tierra; y esta conjetura es tanto mas probable, cuanto que, sin aspirar á tan altos destinos, destruyeron en Asia, á pesar de su debilidad, el imperio de un gran rey. Sus

(1) Las grandes fortunas en Atenas, como la de Herodes Atico, no se formaron sino bajo el imperio romano.

victorias sucesivas hubieran impedido que una monarquía poderosa se levantase en las inmediaciones de la Grecia; para invadir las repúblicas. Lacedemonia, incorporando á su seno los pueblos vencidos por sus armas, hubiera ahogado á Filipo en la cuna de su poder; los eminentes varones que fueron sus enemigos, hubieran sido sus súbditos; y Alejandro, en lugar de nacer en un reino, hubiera salido como César, del seno de una república.

Lejos de ostentar este espíritu de grandeza y esa ambicion preservadora, los lacedemonios, contentos con haber colocado treinta tiranos en Atenas, volvieron á entrar desde luego en su valle, cediendo á esa inclinacion á la oscuridad que sus leyes les habian inspirado. No sucede respecto de una nacion lo que respecto de un hombre: la moderacion en la prosperidad y el amor á la paz, que pueden convenir á un ciudadano, no librarán la felicidad de un Estado. Es cierto que por ningún concepto debe hacerse una guerra inicua; nunca debe comprarse la gloria á espensas de una injusticia; pero el no saber aprovecharse de una posicion ventajosa para honrar, engrandecer y robustecer la patria, mas es en un pueblo una falta de genio que el sentimiento de una virtud.

¿Cuál fue el resultado de esta conducta de los espartanos? La Macedonia dominó en breve á la Grecia. Filipo dictó leyes á la asamblea de los Anfictiones. Por otra parte, el débil imperio de la Laconia, que no subsistia sino por la celebridad guerrera, y no basado en ninguna virtud positiva, se desvaneció. Epaminondas se mostró en la escena pública; y los lacedemonios, derrotados en Leuctres, se vieron en la dura necesidad de ir á justificarse ante el vencedor, de cuyos labios oyeron estas crueles palabras: *Nos brevi eloquentia vestra finem impossumus.* Hemos puesto término á vuestra breve elocuencia. Los espartanos debieron conocer entonces cuan provechoso les hubiera sido haber hecho un solo Estado de todas las ciudades griegas, y haber contado á Epaminondas en el número de sus generales y ciudadanos. Una vez conocido el secreto de su debilidad, todo se perdió irremisiblemente para ellos; pues Filopemen dió cima á la obra comenzada por Epaminondas.

Aquí debemos ver un memorable ejemplo de la superioridad que las letras dan á un pueblo sobre otro, cuando ha hecho brillar además las virtudes militares. Puede decirse que las batallas de Leuctres y Mantinea borraron de la tierra el nombre de Esparta, mientras Atenas, tomada por los lacedemonios y devastada por Sila, no dejó de conservar el imperio del mundo. Atenas vió correr á su seno á los mismos romanos que la habian vencido, y que consideraron como un título de gloria el pasar por sus hijos: quien tomaba el nombre de Atico; quien se llamaba discípulo de Platon y de Demostenes. Las musas latinas, Lucrecio, Horacio y Virgilio, cantan sin cesar la reina de la Grecia. «Concedo á los muertos la salvacion de los vivos,» esclama el mayor de los Césares, al perdonar á Atenas culpable. Adriano se complace en reunir á su título de emperador el de arconte de Atenas, y multiplica las obras maestras en la patria de Pericles; Constantino el Grande se regocija de tal modo de que los atenienses le hayan erigido una estatua, que colma su ciudad de mercedes; Juliano vierte lágrimas al dejar la Academia; y cuando triunfa, cree deber su victoria á la Minerva de Fidias. Los Crisóstomos, los Basilio y los Cirilos, acuden, como los Cicerones y los Aticos, á estudiar la elocuencia en su manantial; hasta en la edad media Atenas es denominada la *Escuela de las ciencias y del genio*; y cuando Europa despierta del letargo de la barbarie, su primer grito tiene por objeto á Atenas. «¿Dónde está?» preguntan todas las naciones. Y al saberse que sus ruinas subsisten aun, corren á ellas cual si hubiesen hallado las cenizas de su madre.

¿Cuánto se diferencia esta celebridad de la que solo se cimenta en las armas! En tanto que todos los sabios repiten el nombre de Atenas, Esparta yace en el polvo del olvido; apenas se la ve en el reinado de Tiberio defender y perder un litigio de escasa valia contra los mesenianos, siendo preciso leer dos veces el pasaje de Tácito para cerciorarse de que habla de la famosa Lacedemonia. Algunos siglos despues, se encuentra una guardia espartana al lado de Caracalla; triste honor que parece anunciarnos que los hijos de Licurgo habian conservado su nativa ferocidad! Finalmente, Esparta se transforma en el Bajo Imperio, en un principado ridiculo, cuyos jefes toman el nombre de *déspotas*, que habia llegado á ser el título de los tiranos. Algunos piratas que se dicen los verdaderos descendientes de los lacedemonios, forman en la actualidad toda la gloria de Esparta.

No he tratado bastante á los griegos modernos para atreverme á formular una opinion relativamente á su carácter. Sé que es sobrado fácil calumniar á los desgraciados, y que nada es mas sencillo que decir al abrigo de todo peligro: «¿Por qué no rompen el yugo que les abruma?» Todos pueden abrigar estos elevados sentimientos y esta orgullosa energia en el rincón de su hogar. Por otra parte, las opiniones decisivas abundan en un siglo en que de nada se duda, escepto de la existencia de Dios; pero como los juicios generales que versan sobre los pueblos, son con harta frecuencia desmentidos por la experiencia, me abstengo de emitir una opinion acerca del particular. Creo únicamente que se conserva todavía mucho genio en Grecia, y que nuestros maestros en todo género están en ella; como creo tambien que la naturaleza humana conserva en Roma su superioridad, lo cual no quiere decir que los hombres superiores se hallan en el día en Roma.

Temo, sin embargo, que los griegos no estén dispuestos á romper en breve sus cadenas. Aun cuando se emancipen de la tiranía que les agovia, no perderán en un instante la honda marca de sus cadenas. No solo han sido quebrantados bajo el peso del despotismo, sino que há dos mil años que existen como un pueblo envilecido y desgraciado. No han sido renovados, como el resto de Europa, por unas naciones bárbaras; lejos de esto, la nacion misma que los ha conquistado ha contribuido á su corrupcion. Esa nacion no ha introducido entre ellos las rudas y salvajes costumbres de los hombres del Norte, sino las muelles y voluptuosas de los hombres del Mediodia. Prescindiendo del crimen religioso que los griegos hubieran perpetrado al abjurar sus altares, nada hubieran ganado sometiéndose al Alcoran. El libro de Mahoma no consigna principio alguno de civilizacion, ni precepto que pueda elevar el carácter: ese libro no predica ni el odio á la tiranía, ni el amor á la libertad. Al seguir el culto de sus dueños, los griegos habrian renunciado á las letras y á las artes, para convertirse en soldados de la Fatalidad y obedecer á ciegas el capricho de un árbitro absoluto; hubieran pasado su existencia talando el universo, ó durmiendo sobre una alfombra entre mujeres y perfumes.

La misma imparcialidad que me obliga á hablar de los griegos con el respeto que se debe al infortunio, me hubiera impedido tratar á los turcos con la severidad con que lo hago, si solo hubiese visto en ellos los abusos hartó comunes en los pueblos vencedores; pero por desgracia los soldados republicanos no son señores mas justos que los satélites de un déspota; y un procónsul no era menos avaro que un pachá (4).

(4) Los romanos, á semejanza de los turcos, acostumbraban reducir los vencidos á la esclavitud. Si debo decir todo lo que opino sobre esto, creo que este sistema es una de las causas de la superioridad que los grandes hombres de Atenas y de Roma tienen sobre los grandes hombres de los tiempos modernos. Es indudable que el hombre no puede gozar de

Pero los turcos no son unos opresores ordinarios, aunque hayan encontrado apologistas. Un procónsul podia ser un monstruo de lascivia, de avaricia y de crueldad; pero no todos los cónsules se complacian por sistema y espíritu de religion en destruir los monumentos de la civilizacion y de las artes, en cortar árboles, en talar las mieses y en esterminar generaciones enteras; pues bien: esto es lo que hacen los turcos mientras viven. ¿Podria creerse que hay en el mundo tiranos bastante estúpidos para oponerse á toda mejora en las cosas de primera necesidad? Si un puente se desploma, no se rehabilita; si un hombre repone su casa, es víctima de un atropello. He visto á algunos capitanes griegos esponerse á un naufragio, saliendo al mar con unas velas hechas girones; ¡tanto temian mostrar alguna comodidad, si reparaban su velamen! Finalmente, si yo hubiese reconocido en los turcos unos ciudadanos libres y virtuosos en el seno de su patria, aunque poco generosos para con las naciones conquistadas, hubiera enmudecido, limitándome á deplorar interiormente la imperfeccion de la naturaleza humana; pero encontrar á la vez en un mismo hombre el tirano de un pueblo indefenso y la servil criatura á quien un pachá puede despojar de sus bienes, encerrar en un saco de cuero y arrojar al mar, esto es intolerable, y no conozco fiera alguna que no deba ser preferida á un hombre de esta ralea.

El lector verá que me entregaba en el cabo Sunio á ideas novelescas; ideas que la hermosura de la escena hubiera podido, no obstante, hacer nacer. Próximo á abandonar la Grecia, me retrataba naturalmente la historia de este país; procuraba descubrir en la antigua prosperidad de Esparta y de Atenas la causa de su actual decadencia; y en su triste estado presente los gérmenes de sus futuros destinos. El creciente choque del mar contra el peñasco me advirtió que el viento se habia levantado, y que era tiempo de continuar mi viaje. Desperté á José y á su compañero, y entramos en el barco, pues nuestros marineros habian hecho ya los preparativos de la partida. Hicimonos á la vela, y la brisa terral nos impelió rápidamente á Zea. A medida que nos alejábamos, las columnas de Sunio se mostraban mas hermosas sobre las olas; descubriáseles perfectamente sobre el azul del cielo, á causa de su estremada blancura y de la serenidad de la noche. Estábamos ya á bastante distancia del cabo, y aun resonaba en nuestro oído el murmullo de las ondas que se estrellaban al pié del peñasco, el sordo rumor de los vientos á través de los enebros, y el monotonó canto de los grillos, únicos habitantes en la actualidad de las ruinas del templo; estos fueron los últimos ruidos que oí en el suelo de la Grecia.

## SEGUNDA PARTE.

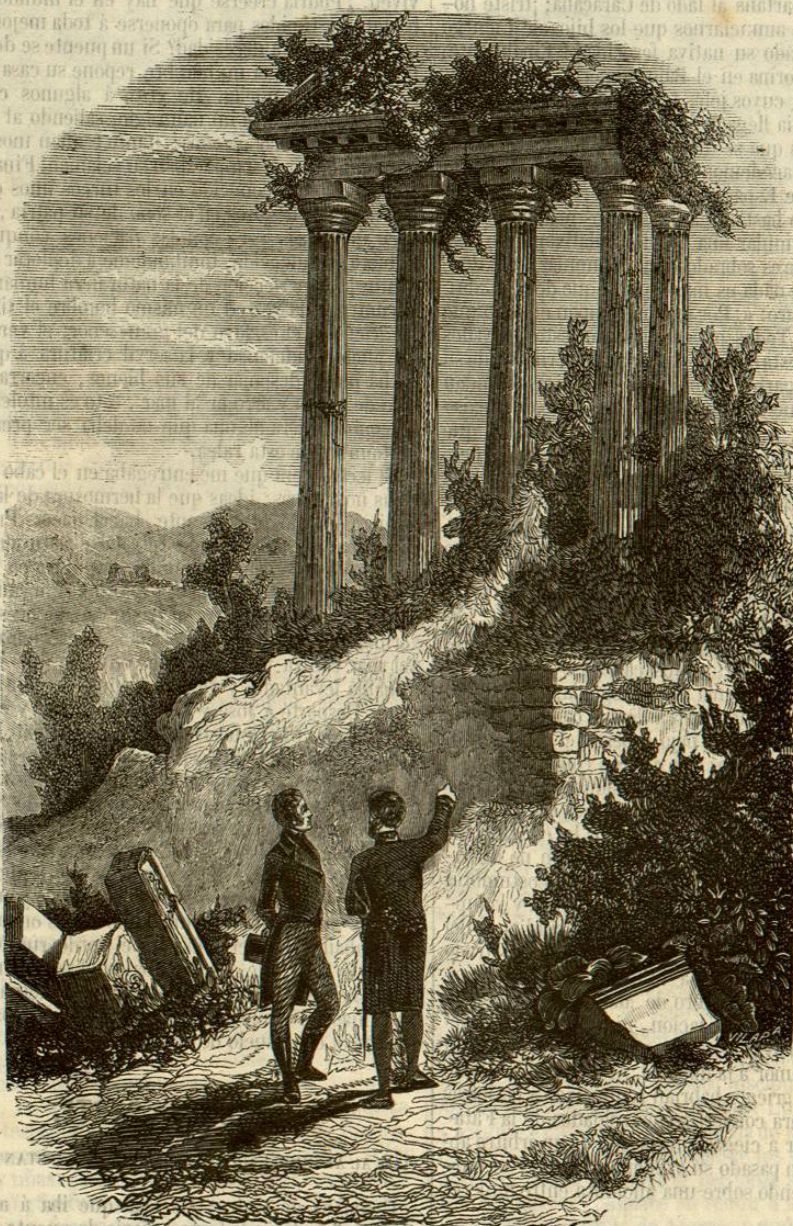
VIAJE AL ARCHIPIÉLAGO, LA ANATOLIA Y CONSTANTINOPLA.

CAMBIABA de teatro: las islas que iba á atravesar eran en la antigüedad una especie de puente arrojado

todas sus facultades intelectuales, sino cuando se ve libre de los cuidados materiales de la vida; y solo se está enteramente libre de estos cuidados en los países donde las artes, los oficios y las ocupaciones domésticas están abandonadas á los esclavos. El servicio del hombre asalariado, que nos deja cuando le place, y cuyas omisiones ó vicios nos vemos precisados á sufrir, no puede ser comparado con el servicio del hombre cuya vida y muerte están en nuestra mano. Es asimismo indudable que el hábito del mando inspira al ánimo cierta elevacion, y á los modales cierta nobleza que jamás se adquiere en la familiar igualdad de nuestras ciudades. Pero no echemos de menos esa superioridad de los antiguos, puesto que era preciso comprarla á costa de la libertad de la especie humana, y bendigamos eternamente al Cristianismo, que ha roto los hierros del esclavo.

sobre el mar para unir la Grecia Asiática á la verdadera Grecia. Libres ó esclavas, sumisas á la fortuna de Esparta ó de Atenas, á los destinos de los persas, á los de Alejandro y sus sucesores, cayeron al fin bajo el yugo romano. Arraucadas alternativamente al Bajo-

Imperio por los venecianos, los genoveses, los catalanes y los napolitanos, tuvieron príncipes particulares y aun duques que tomaron el título general de duques del Archipiélago. Por último, los sultanes del Asia bajaron á las costas del Mediterráneo, y para anunciar



UN PASEO POR LAS INMEDIACIONES DE ATENAS.

á este su futuro destino, se hicieron llevar agua del mar, arena y un remo.

No obstante, las islas fueron las últimas que sufrieron el yugo, pero experimentaron al fin la suerte comun; y la bandera latina, estrechada cada vez mas por la Media-Luna, solo se detuvo en las playas de Corfú.

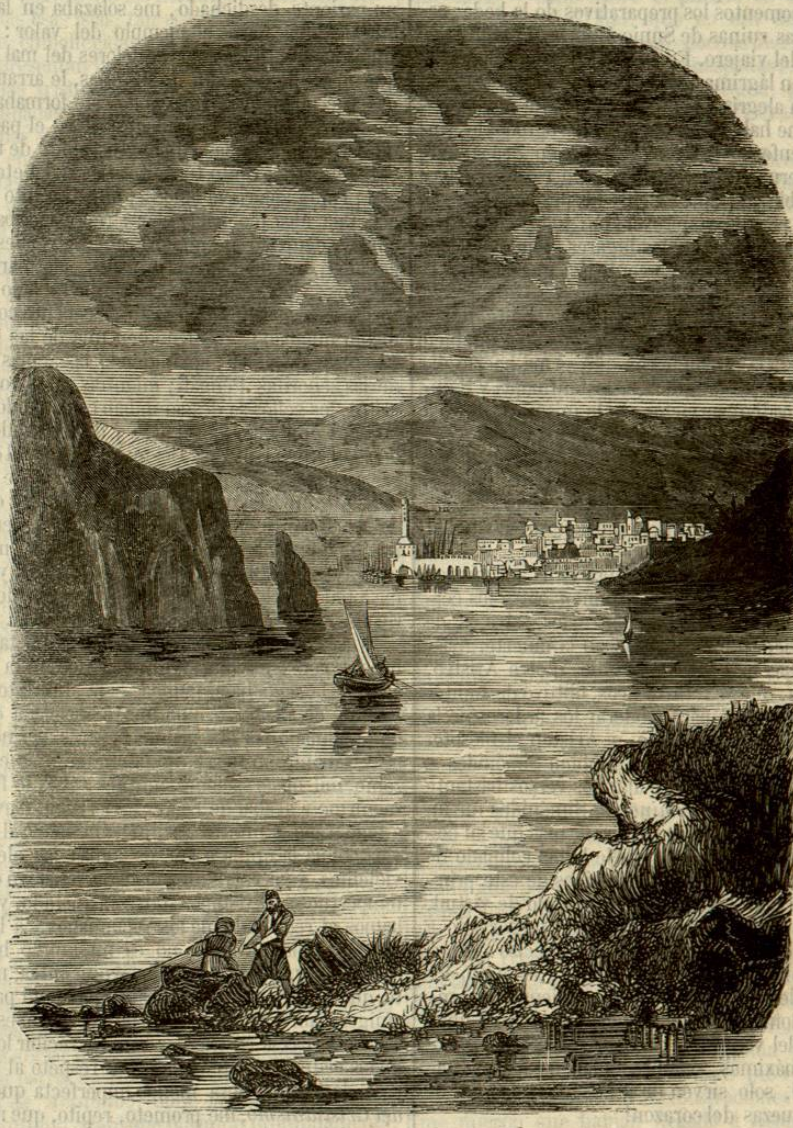
De esta lucha de los griegos, turcos y latinos resultó que las islas del Archipiélago fueron muy conocidas de la antigüedad, pues estaban en el camino de todas esas flotas que llevaban ejércitos ó peregrinos á Jerusalén, á Constantinopla, á Egipto y á Berbería, llegando á ser las estaciones de todos aquellos bajeles genoveses y venecianos, que renovaron el comercio de

las Indias por el puerto de Alejandria; así, pues, vemos los nombres de Chio, Lesbos y Rodas en cada página de la *Bizantina*; y mientras Atenas y Espartayacian en hondo olvido, sabíase la fortuna del mas insignificante escollo del Archipiélago.

Además, los viajes á estas islas son innumerables y se remontan al séptimo siglo; no hay un solo viaje á Tierra-Santa que no empiece con una descripción de

algunos peñascos de la Grecia. En 1555, Belon publicó sus *Observaciones de muchas curiosidades halladas en Grecia*; el *Viaje* de Tournefort es conocido de todos; la *Descripcion exacta de las islas del Archipiélago* por el flamenco Dapper, es un trabajo excelente, y de nadie son ignorados los *Cuadros* de Mr. Choiseul.

Nuestra travesía fue feliz. El 30 de agosto entramos á las ocho de la mañana en el puerto de Zea; es espa-



NAVEGACION POR EL ARCHIPELAGO.

la subida es ruda y fragosa; esta primera vista de una isla del Archipiélago no me halagó mucho, pero ya estaba acostumbrado á los desencantos. Zea, construida en forma de anfiteatro sobre la desigual pendiente de una montaña, es una ciudad sucia y desagradable, aunque bastante populosa; los asnos, los cerdos y las gallinas obstruyen las calles; hay en ella tan considerable número de gallos, y estos cantan tan á menudo y tan estrepitosamente, que aturden al ex-

cioso, pero de un aspecto desierto y sombrío, á causa de las fragosidades que lo rodean; y en los peñascos de la costa no se ve otra cosa que algunas capillas ruinosas y los almacenes de la aduana. Zea está edificad sobre la montaña á una legua hácia el Levante, y ocupa el lugar de la antigua Cartea. Al llegar, solo ví tres ó cuatro faluchos griegos, y perdí toda esperanza de hallar mi buque austriaco. Dejé á José en el puerto, y me dirigí á la ciudad con el jóven ateniense;

tranjero. Diríjime á la casa de Mr. Pengali, vice-cónsul francés en Zea; y despues de decirle quién era, de dónde venia, y á dónde deseaba ir, le pedí fletase una barca que me trasladase á Chio ó á Esmirna.

Mr. Pengali me recibió con la posible cordialidad; su hijo bajó al puerto, donde halló un caique que volvia á Tino y que debía hacerse á la vela al dia siguiente, y resolví aprovechar esta oportunidad, pues me hacia adelantar un poco en mi camino.

El vice-cónsul quiso darme hospitalidad al menos durante el resto del dia; tenia cuatro hijas, la mayor de las cuales estaba á punto de casarse, pues se hacian en aquellos momentos los preparativos de la boda; pasé, pues, de las ruinas de Sunio á un festin. Singular es el destino del viajero. En la mañana deja á un huésped anegado en lágrimas, y á la noche encuentra otro nadando en la alegría; es el depositario de mil secretos: Ibrahim me habia referido en Esparta todos los síntomas de la enfermedad de su hijo, y en Zea supe la historia del yerno de Mr. Pengali. En realidad, ¿hay algo mas amable que esta sencilla hospitalidad? No es una felicidad para el viajero el que todos se dignen acogerle de esta suerte en los lugares donde no hallaria el mas leve socorro? La confianza que inspira, la ingenuidad con que se le trata, el regocijo que parece causar y que realmente causa, son ciertamente dulcísimas satisfacciones. Una cosa me afectaba tambien mucho: esta era la buena fé con que se me hacian diferentes encargos para Francia, Constantinopla y Egipto. Todos me pedian servicios con la misma franqueza con que me los dispensaban, pues mis huéspedes estaban en la persuasion de que no les olvidaria, y que eran ya mis amigos. Sacrifiqué, por consiguiente, á Mr. Pengali las ruinas de Ioulis, que habia resuelto visitar; y á semejanza de Ulises, me determiné á tomar parte en los festines de Aristonóo.

Zea, la antigua Ceos, fue célebre en la antigüedad por una costumbre que existia tambien entre los celtas, y que se ha encontrado entre los salvajes de América: los viejos de Ceos se daban la muerte. Aristoteo, cuyas abejas ha cantado Virgilio, ú otro Aristoteo, rey de Arcadia, que se retiró á Ceos, obtuvo de Júpiter los vientos etesios, para moderar los ardores de la canícula. Erasístrato el médico, y Ariston el filósofo, eran naturales de Ioulis, como tambien Simónides y Baquilides, de quien tenemos algunos versos bastante malos en los *Poete Græciminores*. Simónides fue un brillante ingenio; pero su cabeza valia mas que su corazón, pues cantó á Hiparco, que le habia colmado de beneficios, y cantó tambien los asesinatos de este príncipe. Sin duda para que diese este ejemplo de virtud, los justos dioses del paganismo habian preservado á Simónides de la ruina de una casa. Es preciso ajustarse al tiempo, dice el pretendido sabio: y al punto los ingratos sacuden el peso del agradecimiento; los ambiciosos abandonan al vencido, y los cobardes se filian en el partido del vencedor. ¡Maravillosa sabiduría humana, cuyas máximas, siempre superfluas para el valor y la virtud, solo sirven de pretexto al vicio, y de asilo á las flaquezas del corazón!

El comercio de Zea consiste actualmente en las bellotas de una especie de encina que se emplea en la tintorería. La gasa de seda muy usada entre los antiguos, habia sido inventada en Ceos (1); los poetas, para pintar su transparencia y tenuidad, la denominaban *viento tejido*. Zea suministra aun seda: «Los habitantes de Zea, dice Tournefort, se reúnen diariamente para hilar la seda, y se sientan en el borde de sus vazoteas, para dejar caer sus husos hasta la calle, y ellos retiran luego dando vueltas al hilo. Hallamos al obispogriego en este ademan; y despues de pregun-

(1) Sigó la opinion común; pero tal vez Plinio y Solin se han equivocado. Segun testimonio de Tibulo, Horacio, etc., la gasa de seda se fabricaba en Cos y no en Ceos.

tar quiénes éramos, nos hizo decir que nuestras ocupaciones eran harto frívolas si solo buscábamos plantas y mármoles viejos. A esto le respondimos que nos hubiera servido de mayor edificación verle estudiar las obras de San Crisóstomo ó San Basilio, que manejar el huso.»

Yo habia continuado tomando la quina tres veces al dia: la fiebre no habia vuelto á acometerme; pero habia quedado muy débil, y seguia con una mano y una mejilla ennegrecidas por la insolacion. Yo era, pues, un convidado muy alegre de carácter, pero muy triste de semblante. Para no presentar el aspecto de un pariente desdichado, me solazaba en la boda. Mi huésped me daba el ejemplo del valor: sufría en aquel momento los crueles dolores del mal de piedra, que en medio del canto de sus hijas, le arrancaba algunas veces agudos gritos. Todo esto formaba una mezcla de cosas en sumo grado estrañas: el paso repentino del silencio de las ruinas al estrépito de unas bodas era singular. ¡Tanto tumulto al lado del eterno silencio! ¡Tanta alegría al lado del inmenso luto de la Grecia! Una idea me hacia reír: representábame á mis amigos ocupados de mí en Francia; veíales seguirme en idea, exagerarse mis trabajos, alarmarse por mis peligros; y en verdad que no hubiera sido escasa su sorpresa si me hubiesen visto de repente con el rostro medio quemado, asistiendo en una de las Cíclades á una boda de aldea, aplaudiendo las añejas canciones de las señoritas Pengali; mientras este prorumpia en gritos, los gallos se desgañaban cacareando, y los recuerdos de Ioulis, de Aristoteo y de Simónides estaban enteramente olvidados. Del mismo modo, al desembarcar en Túnez, despues de una travesía de cincuenta dias, que fue casi un continuado naufragio, caí en casa de Mr. Devoise en medio del carnaval; y en lugar de ir á meditar sobre las ruinas de Cartago, me vi obligado á correr al baile, disfrazado de turco, y á prestar-me á todas las locuras de una caterva de oficiales americanos, que rebosaban alegría y juventud.

El cambio de escena al salir de Zea fue tambien tan brusca como mi llegada. A las once de la noche me alejé de la regocijada familia, bajé al puerto y me embarqué en medio de una fuerte marejada en un caique tripulado por dos grumetes y tres marineros. José, muy valiente en tierra, no lo era tanto en el mar; hizome mil observaciones inútiles, pues le fue preciso seguirme y acabar de correr mi fortuna. Navegábamos á todo trapo, y nuestro esquife, inclinado al peso de la vela, tenia la quilla á flor de agua; las oleadas eran violentas, y las corrientes del Eubeo hacian el mar mas tempestuoso; el tiempo estaba encapotado, y adelantábamos al resplandor de los relámpagos y á la fosfórica luz de las olas. Aunque no es mi ánimo hacer valer mis trabajos, que son harto insignificantes, me prometí que cuando se me vea abandonar mi patria y mis amigos, sufrir la fiebre y las fatigas, átravesar los mares de la Grecia en frágiles barcas, recibir los fusilazos de los beduinos, y todo esto por respeto al público, y para darle una obra menos imperfecta que el *Genio del Cristianismo*, me prometo, repito, que mis esfuerzos escitarán alguna gratitud.

Diga lo que quiera la fábula del águila y del cuervo, nada complace tanto como imitar á un gran hombre; yo habia representado el papel de César: *Quid times? Casarem vehis*; y llegué á donde intentaba llegar. Tomamos el 31 á las seis de la mañana en Tino, donde hallé al punto una falua hidriota con rumbo á Esmirna; que debia hacer escala en Chio algunas horas. El caique me dejó á bordo de la falua, y ni aun saltamos á tierra.

Tino antiguamente Teno, está separada de Andros por un estrecho canal: es una elevada isla que descansa sobre una roca de mármol. Los venecianos la poseyeron mucho tiempo, y solo es célebre en la antigüedad por sus serpientes; la víbora habia recibido su

nombre de esta isla (1). Mr. de Choiseul ha hecho una descripción encantadora de las ruinas de Tino; y sus vistas del puerto de San-Nicolo me han parecido muy exactas.

El mar, como dicen los marinos, habia caído, y el cielo se habia despejado, por lo que me desayuné en el puente mientras levaban anclas; descubria á diferentes distancias todas las Cíclades: Esciros, donde Aquiles pasó su niñez; Delos, célebre por el nacimiento de Diana y Apolo, por su palmera y sus fiestas; Naxos, que me recordaba á Ariadna, Tesco, Baco y algunas encantadoras páginas de los *Estudios de la Naturaleza*. Pero todas esas islas, tan risueñas en otro tiempo, ó tal vez tan embellecidas por la imaginacion de los poetas, no presentan hoy sino costas desoladas y estériles. Algunas tristes aldeas descuellan sobre los peñascos, dominadas por castillos aun mas tristes, y rodeadas algunas veces de un triple recinto de murallas, pues vívese en ellas en un continuo temor á los turcos y á los piratas. Mas, como estas fortificaciones se desplomaron por sí mismas, despiertan á la vez en el ánimo del viajero la idea de todas las miserias posibles. Rousseau dice que hubiera querido verse desterrado en una isla del Archipiélago; el elocuente sofista hubiérase arrepentido en breve de su eleccion, pues separado de sus admiradores, relegado entre algunos griegos groseros y péfidos, no hubiera hallado en los valles quemados por el sol, ni flores, ni arroyos, ni sombra; no hubiera visto en su derredor sino bosquecillos de olivos, peñascos rojizos, cubiertos de salvia y de yerba buena silvestre; dudo, pues, que hubiese deseado continuar mucho tiempo sus paseos al ronco rumor del viento y del mar, á lo largo de una costa inhabitada.

Aparejamos á medio dia, y el viento del Norte nos llevó con bastante rapidez á Scio; pero nos vimos obligados á hacer repetidas abordadas entre la isla y la costa de Asia, para embocar el canal. En nuestro derredor veíamos muchas tierras é islas, unas redondas y altas como Samos; otras largas y bajas, como los cabos del golfo de Efeso; estas tierras é islas estaban diferentemente iluminadas, segun el grado de distancia á que se hallaban. Nuestra falua, muy ligera y elegante, ostentaba una grande y única vela, que remedaba en su figura el ala de un ave marítima, y era la propiedad de una familia, compuesta de padre, madre, hermano y seis hijos, todos varones; el padre era el capitán, el hermano el piloto, y los hijos los marineros. No he visto cosa mas alegre, mas limpia y ligera que esta tripulacion de hermanos. La falua estaba lavada, cuidada y adornada como una casa querida; tenia un gran rosario en la popa, con una imagen de la *Panagia*, cubierta con una rama de olivo. Es bastante comun en el Oriente ver á una familia colocar así toda su fortuna en una nave; mudar de climas, sin abandonar sus hogares, y sustraerse á la esclavitud, haciendo en el mar la vida de los escitas.

Fuimos á anclar durante la noche al puerto de Chio, «afortunada patria de Homero,» dice Fenelon en las *Aventuras de Aristonoo*, obra maestra de armonia y de sabor antiguo. Habíame dormido profundamente, y José no me despertó hasta las siete de la mañana. Estaba acostado en el puente, y cuando abrí los ojos me creí trasladado al país de las hadas, pues me hallaba en medio de un puerto lleno de buques, teniendo á la vista una ciudad encantadora, dominada por unos montes, cuyas crestas estaban cubiertas de olivos, palmeras, lentiscos y terebintos. Multitud de griegos, franceses y turcos, ocupaban los muelles y se escuchaba el sonido de las campanas (2).

(1) Una especie de víbora, llamada *tenia*, era originaria de Tenos. La isla fue llamada al principio *Ophisa* é *Hydrussa*, á causa de sus serpientes.

(2) Solo los paisanos griegos de la isla de Chio tienen en Turquía el privilegio de tocar las campanas; deben este pri-

«Salté á tierra y pregunté si habia cónsul de Francia en la isla; me enseñaron un cirujano que desempeñaba los negocios de los franceses y vivia en el puerto. Fui á visitarle y me recibió con gran cortesania; su hijo me sirvió de cicerone durante algunas horas para ver la ciudad, muy semejante á una ciudad veneciana. Brandrand, Ferrari, Tournefort, Dapper, Chandler, Mr. Choiseul, y otros mil geógrafos y viajeros han hablado de la isla de Chio; remito, por consiguiente, al lector á sus obras.»

A las diez volví á la falua, y almorcé con la familia, que cantó y bailó sobre el puente en mi derredor, bebiendo vino de Chio, que no era del tiempo de Anacreonte. Un instrumento poco armonioso animaba los pasos y las voces de mis huéspedes; solo el nombre ha conservado de la lira antigua, pues está tan degenerado como sus dueños: Lady Craven ha hecho su descripción.

Salimos del puerto el 1.º de setiembre á medio dia: el viento del Norte empezaba á levantarse, y pocos momentos despues era muy violento. Intentamos primero tomar el paso del Oeste entre Chio y las islas Espalmodoras (3), que cierran el canal cuando se navega hácia Metelin ó Esmirna; pero no pudimos doblar el cabo Delfino, por lo cual nos dirigimos á Oriente, y prolongamos la abordada hasta el puerto de Tchesmo. Volviendo desde aquí sobre Chio, y encaminándonos luego al monte Mimas, conseguimos al fin subir hasta el cabo Cara-Bouroun, á la entrada del golfo de Esmirna. Eran las diez de la noche; y faltándonos el viento, pasamos esta en la costa de Asia.

El 2, al amanecer, nos alejamos de tierra á fuerza de remo, á fin de aprovecharnos del *imbat* no bien empezara á soplar, y lo verifiqué antes de la hora acostumbra. En breve pasamos las islas de Dourlach, y fuimos á bordear el castillo que defiende el fondo del golfo ó el puerto de Esmirna. Descubrí entonces la ciudad á lo lejos, á través de un bosque de mástiles, y parecia salir del mar, porque está situada sobre una tierra baja y llana, dominada al Sudeste por unas montañas de estéril aspecto. José no podia reprimir su alegría, pues Esmirna era para él una segunda patria; su regocijo casi me entristecia, haciéndome pensar en mi país, y demostrándome que el axioma *ubi bene, ibi patria*, es harto cierto para la mayor parte de los hombres.

José, en pié á mi lado en el puente, me nombraba todo lo que á mis ojos se presentaba, á medida que adelantábamos. Por último, amainamos velas, y dejando aun por algun tiempo deslizarse nuestra falua, dimos fondo á seis brazas, fuera de la primera línea de las embarcaciones. Buscaba ansioso con la vista á mi bajel de Trieste, y lo reconocí en su pabellon; estaba anclado cerca de la escala de los franceses, ó del muelle de los Europeos. Embarquéme con José en un caique que pasó cerca de nosotros, y me hice trasladar á la nave austriaca, cuyo capitán y teniente se hallaban en tierra; los marineros me reconocieron y recibieron con grandes demostraciones de alegría, y me dijeron que habian llegado á Esmirna el 18 de agosto, y que el capitán habia bordeado dos dias para esperarme entre Zea y el cabo Senio, y que el viento le habia luego obligado á continuar su derrotero. Los marineros me dijeron tambien que mi criado me habia alquilado un aposento en la fonda, por orden del cónsul de Francia.

Ví con placer que mis antiguos compañeros habian sido tan felices como yo en su viaje; quisieron llevarme á tierra; y pasando al bote del buque, pocos momentos despues llegamos al muelle. Multitud de con-

vilegio y otros muchos, al cultivo del árbol que produce el mastic. Véase la Memoria de Gallaud, en la obra de monsieur Choiseul.

(3) *Olim Ænussce*.

ductores de cargamento se apresuraron á darme su mano para subir. Esmirna, donde veía muchos sombreros (1), me presentaba el aspecto de una ciudad marítima de Italia, uno de cuyos cuarteles estuviese habitado por orientales. José me acompañó á casa de Mr. Chauderloz, que desempeñaba á la sazón el consulado francés de esta importante escala. Muchas veces debería repetir los elogios que he hecho ya de la hospitalidad de nuestros cónsules; suplico á mis lectores me lo perdonen, porque si estas repeticiones les molestan, no puedo, sin embargo, dejar de ser agradecido. Monsieur Chauderloz, hermano de Mr. de La Clos, me acogió con urbanidad, pero no me hospedó en su casa, porque estaba enfermo, y Esmirna ofrece por otra parte los recursos de una gran ciudad europea.

Arreglamos al punto todo el resto de mi viaje: yo había resuelto dirigirme á Constantinopla por tierra, para proveerme de firmanes, y embarcarme luego con los peregrinos griegos para la Siria; pero no quería seguir el camino directo, y mi plan era visitar la llanura de Troya al atravesar el monte Ida. El sobrino de Mr. Chauderloz, que acababa de hacer una escursión á Efeso, me dijo que los desfiladeros del Gárgaro estaban infestados de ladrones, y ocupados por unos agás mas temibles aun que los mismos ladrones. Como yo perseveraba en mi proyecto, envié á buscar un guía que debía haber conducido un inglés á los Dardanelos, por el camino que yo quería seguir. Este guía accedió en efecto á acompañarme y suministrar los caballos necesarios, mediante una cantidad bastante considerable. Mr. Chauderloz prometió darme un intérprete y un genizaro experimentado. Entonces advertí que me sería precisado á dejar una parte de mis baules en el consulado, y á limitarme á lo mas estrictamente necesario. El día de la partida fue el 4 de setiembre, esto es, el subsiguiente al de mi llegada á Esmirna.

Después de haber prometido á Mr. Chauderloz volver á comer con él, me trasladé á mi posada, donde hallé á Julian posesionado de un aposento muy limpio y amueblado á la europea. La posada, á cuyo frente estaba una viuda, tenía una hermosísima vista al puerto: no recuerdo ya su nombre. Nada debo decir de Esmirna, después de Tournefort, Chandler Peyssonel, Dailaway y tantos otros; pero no puedo negarme al placer de trasladar aquí un fragmento del *Viaje* de Mr. Choiseul.

«Los griegos procedentes del barrio de Efeso, llamado *Smirna*, solo habían construido algunas aldeas en el fondo del golfo, que andando el tiempo recibió el nombre de su primera patria. Alejandro quiso reunirlos, y les hizo construir una ciudad cerca del río Meles. Antigone asistió esta obra por sus órdenes, y Lisimaco la concluyó.

«Una situación tan ventajosa como la de Esmirna era digna del fundador de Alejandría, y debía asegurar su prosperidad. Admitida por las ciudades de la Jonia á participar de las ventajas de su confederación, esta ciudad no tardó en ser el centro del comercio del Asia-Menor; su lujo atrajo á ella todas las artes, siendo hermoseada con soberbios edificios y llena de multitud de extranjeros que acudían á enriquecerla con las producciones de su país, á admirar sus maravillas, á cantar con sus poetas y á instruirse con sus filósofos. Un dialecto mas suave añadía un nuevo encanto á esa elocuencia que parecía un atributo de los griegos. La hermosura del clima parecía influir en la de los naturales, que ofrecían á los artistas modelos por cuyo medio hacían conocer al resto del mundo la naturaleza y el arte reunidos en su perfección.

«Esmirna era una de las ciudades que reivindicaban el honor de haber visto nacer á Homero; y en la már-

(1) El turbante y el sombrero son la principal distinción de los franceses y los turcos, y en la lengua del Levante se cuenta por turbantes y sombreros.

gen del Meles se enseñaba el lugar donde su madre-Criteida le había dado á luz, y la caverna á donde él se retiraba para componer sus inmortales versos. Un monumento erigido á su gloria, y que llevaba su nombre, presentaba en medio de la ciudad anchurosos pórticos, bajo los cuales se reunían los ciudadanos; y en fin, las monedas ostentaban su imagen, como si hubiesen reconocido por soberano al genio que les honraba.

«Esmirna conservó los preciosos restos de esta prosperidad hasta la época en que el imperio tuvo que luchar con los bárbaros: fue tomada por los turcos, vuelta á tomar por los griegos, siempre saqueada, siempre destruida. A principios del siglo xiii solo existían ya las ruinas de la ciudadela; fue reparada por el emperador Juan Comneno, que murió en 1224; esta fortaleza no pudo resistir los esfuerzos de los príncipes turcos, cuya residencia fue muchas veces, á pesar de los caballeros de Rodas, que, aprovechando una circunstancia favorable, lograron construir allí un fuerte y sostenerse en él; pero Tamerlan tomó en catorce días esta plaza, que Bayaceto bloqueaba hacia siete años.

«La ciudad no empezó á salir de sus ruinas sino cuando los turcos fueron enteramente señores del imperio; entonces, su situación le devolvió las ventajas que la guerra le había arrebatado, y llegó á ser el centro del comercio de aquellos países. Los habitantes, ya tranquilos, abandonaron la cumbre de la montaña, y construyeron nuevas casas á orillas del mar; estas modernas construcciones han sido fabricadas con los mármoles de todos los monumentos antiguos, de que apenas quedan algunos fragmentos; y solo se hallan ya la plaza del estadio y del teatro. En vano se intentaría reconocer los vestigios de los cimientos, ó algunos lienzos de muralla que se descubren entre la fortaleza y el lugar que ocupa la ciudad actual.»

Los terremotos, los incendios y la peste han afligido á la Esmirna moderna, como los bárbaros destruyeron la Esmirna antigua. La peste dió lugar á un rasgo de abnegación que merece ser citado entre otros de igual género, de tantos otros misioneros; esta historia no parecerá sospechosa, pues la refiere un sacerdote anglicano. Fray Luis de Pavia, del orden de Recoletos, fundador y superior del hospital de San Antonio en Esmirna, fue acometido de la epidemia, é hizo voto de consagrar su vida, si Dios se la concedía, al servicio de los apestados. Librado milagrosamente de la muerte, el citado fraile cumplió su voto; los apestados que cuidó no tienen número, pues se ha calculado que salvó cerca de las dos terceras partes (1) de los desgraciados á quienes asistió.

Nada tenía que ver en Esmirna, á no ser ese Meles que nadie conoce, y cuyo nombre se disputan tres ó cuatro barrances. Pero lo que me sorprendió mucho fue la estremada suavidad del aire. El cielo, menos puro que el del Ática, tenía ese matiz que los pintores llaman *tono caliente*; es decir, que estaba lleno de un vapor tenue, un tanto enrojecido por la luz. Cuando espiraba la brisa del mar, sentía una languidez semejante al desfallecimiento, y reconocía la muelle Jonia. Mi permanencia en Esmirna me obligó á una nueva metamorfosis, pues volví á los hábitos de la civilización, recibiendo y devolviendo visitas. Los comerciantes que me hicieron el honor de ir á visitarme eran ricos, y cuando fui á saludarles á mi vez, encontré en sus casas mujeres elegantes que parecían habían recibido aquella mañana sus modas de casa Leroi. Colocado entre las ruinas de Atenas y las de Jerusalén, aquel nuevo París á donde había llegado en una barca griega, y del que me disponía á salir con una caravana turca,

(1) Véase á Dailaway. El remedio heroico de que se servía fray Luis, era envolver al enfermo en una camisa empapada en aceite.

contrastaba notablemente con las escenas de mi viaje, pues era una especie de oasis civilizado, una Palmira en medio de los desiertos de la barbarie. Confieso, sin embargo, que siendo yo naturalmente algo salvaje, no había ido á buscar á Oriente lo que se llama la sociedad; así es que anhelaba vivamente ver camellos, y oír el grito de las aves del desierto.

El 5 por la mañana, hechos ya todos los preparativos, el guía partió con los caballos, y fue á esperarme á Menemen-Eskelessi, pequeño puerto de la Anatolia. Mi última visita en Esmirna fue á José. *Quantum mutatus ab illo!* ¿Era aquel mi ilustre dragoman? Hallé en una miserable tienda, trabajando en su vajilla de estaño, con el mismo traje de terciopelo azul que llevaba en las ruinas de Esparta y Atenas. ¿Mas de qué le servían aquellas muestras de su gloria? ¿De qué le servía haber visto las ciudades y los hombres, *mores hominum et urbes?* ¿Ni aun era dueño de su buril! En un rincón descubrí á su maestro, hombre de foso semblante, que hablaba con dureza á mi antiguo compañero. ¡Y para esto se alegraba tanto José de su llegada! Solo dos cosas me han constrictado en mi viaje: no haber sido bastante rico para establecer ventajosamente á José en Esmirna, y para rescatar un cautivo en Túnez. Despedíme de mi pobre camarada, cuyas lágrimas me enternecían. Escribíle mi nombre en un pedazo de papel, en el que envolví una sincera muestra de mi gratitud; de este modo el dueño de la tienda nada advirtió.

Aquella noche, después de dar gracias al cónsul por todas sus deferencias hácia mí, me embarqué con Julian, el dragoman, los genizaros y el sobrino de Mr. Chauderloz que se sirvió acompañarme hasta la escala, á la que llegamos en poco tiempo. El guía estaba en la playa: abracé á mi joven huésped que regresaba á Esmirna, montamos á caballo y partimos.

Era media noche cuando llegamos al kan de Menemen, desde donde descubrí á lo lejos una multitud de luces diseminadas: era una caravana en descanso. Al acercarme distinguí los camellos, unos acostados, otros en pie; estos cargados, aquellos sin cargamento. Muchos caballos y asnos sin brida, comían cebada en unos receptáculos de cuero; algunos ginetes permanecían aun á caballo; y las mujeres, cubiertas con sus velos, no se habían apeado de sus robustos dromedarios. Sentados con las piernas cruzadas sobre vistosos tapices, los mercaderes turcos estaban agrupados en derredor de las hogueras que servían á los esclavos para preparar las viandas; otros viajeros fumaban en largas pipas á la puerta del kan, mascaban opio y escuchaban peregrinas historias. Tostábase café en anchas pailas; las vivanderas discurrían de hoguera en hoguera, ofreciendo sabrosas tortas de trigo, diferentes frutas y volatería; algunos cantores alegraban á la multitud; los imanes hacían abluciones, se arrodillaban, se levantaban, é invocaban al Profeta, mientras los conductores de camellos dormían tendidos en tierra. Esta estaba erizada de bultos, de sacos de algodón y cargamentos de arroz. Todos estos objetos, ya clara y distintamente iluminados, ya confusamente envueltos en una sombra dudosa, según el color y la ondulacion de las llamas, presentaban una verdadera escena de las *Mil y una Noches*. Solo faltaban allí el califa Aroun-al-Raschid, el visir Giaffar, y Mesroul, jefe de los eunuocos.

Recordé entonces por la vez primera que pisaba las llanuras de Asia, parte del mundo que no había visto aun la huella de mis pasos, ¡ah! ni esas amarguras que comparto con todos los hombres. Sentíme penetrado de respeto á esa antigua tierra, cuna del género humano; donde vivieron los patriarcas, donde descendieron Tiro y Babilonia, á donde el Eterno llamó á Ciro y Alejandro; donde Jesucristo realizó el misterio de nuestra salvacion. Abriase á mis ojos un mundo nuevo: iba á encontrar naciones que me eran desco-

nocidas; costumbres diversas, usos diferentes, otros animales, otras plantas, un cielo nuevo, una nueva naturaleza. En breve había de pasar el Hermo y el Grénico; Sardes no estaba lejos; acercábame á Pergamo y á Troya: la Historia desarrollaba á mis ojos otra página de las revoluciones humanas.

Alejábame muy á mi pesar de la caravana. Después de dos horas de marcha, llegamos á la márgen del Hermo, que atravesamos en una barca. Es todavía el *turbidus Hermus*, pero no sé si arrastra aun arenas de oro. Mirábele con placer, porque era el primer río digno de este nombre, que hallaba desde mi salida de Italia.

Al amanecer, entramos en una llanura rodeada de montañas de escasa altura. El país presentaba un aspecto enteramente diverso del de Grecia: los algodoneros verdes, el tallo amarillento de los trigos, y la variada corteza de las sandías, matizaban vistosamente el campo, que los camellos cruzaban confundidos con los búfalos. Dejábamos á la espalda á Magnesia y al monte Sifilo; no estábamos, pues, lejos de los campos de batalla donde Agesilao humilló el poder del gran rey, y donde Escipion alcanzó sobre Antioco la victoria que abrió á los romanos el camino de Asia.

A lo lejos descubrimos á nuestra izquierda las ruinas de Cimes y á Neon-Tichos á nuestra derecha; y estuve tentado á apearme y marchar á pié por respeto á Homero, que había pasado por aquellos mismos lugares.

«Algun tiempo después, el mal estado de sus negocios le obligó á marchar á Cimes. Habiéndose puesto en camino, atravesó la llanura del Hermo, y llegó á Neon-Tichos, colonia de Cimes, fundada ocho años después de esta. Asegúrase que hallándose en esta ciudad en casa de un armero, recitó estos versos, primeros frutos de su poderoso estro: «Oh vosotros, ciudadanos de la amable hija de Cimes, que habitais al pié del monte Sárdeno, cuya cumbre está cubierta de bosques que esparcen en torno suave frescura, y que bebeis las aguas del divino Hermo, que dió nacimiento á Júpiter, respetad la miseria de un extranjero que no tiene una casa donde pueda hallar un amigo albergue.»

«El Hermo corre cerca de Neon-Tichos, y el monte Sárdeno domina á entrambos. El armero se llamaba *Tiquio*; y estos versos le causaron tanto gozo, que resolvió hospedar al poeta en su casa. Lleno de compasión á un ciego reducido á la amarga necesidad de mendigar su sustento, le prometió partir con él cuanto poseía. Habiendo Melisigenes entrado en su taller, tomó un asiento, y mostró á algunos habitantes de Neon-Tichos un fragmento de sus poesías; la expedición de Amfiarao contra Tebas, y algunos himnos en honor de los dioses. Todos emitieron su parecer, y habiendo Melisigenes escudado su juicio, sus oyentes quedaron admirados.

«Mientras estuvo en Neon-Tichos, sus poesías le suministraron medios de subsistencia; en mi tiempo se mostraba aun el lugar donde acostumbraba sentarse cuando recitaba sus imperecederos versos. Este lugar, que escitaba aun una gran veneracion, estaba sombreado por un álamo que había empezado á crecer en tiempo de su llegada (1).»

Puesto que Homero había tenido en Neon-Tichos á un armero por huésped, no me avergonzaba de haber tenido por intérprete en Esmirna á un estañero. ¡Ojalá que la semejanza fuera igualmente completa en todo, aunque debiese comprar el genio de Homero á costa de todos los infortunios que le abrumaron!

Después de algunas horas de marcha, atravesamos una de las crestas del monte Sárdeno, y llegamos á las orillas del Pítico, donde hicimos alto para franquear el paso á una caravana que vadeaba el río. Los camellos, atados unos á otros por las colas, se resis-

(1) *Vida de Homero*; traducción de Mr. Larcher.